

El cine, el tabaco, el alcohol y la ducha

**MARY G.
SANTA EULALIA**

Nanni Moretti, en “Caro Diario”, con el que obtuvo el premio al mejor director en Cannes-1994, daba rienda suelta a sus íntimas y satíricas opiniones sobre consultas médicas. Disparatadas. Sin embargo, la Medicina y sus oficientes se contemplan a través de los objetivos más respetuosos y ponderados, por regla general. Sobre todo, al referirse a ilustres doctores, como Louis Pasteur, primer científico cuya biografía (1936) marcó una pauta sobre esa temática, gracias al realizador William Dieterle, con Paul Muni en el perseverante investigador, entregado al descubrimiento de vacunas imprescindibles, como la antirrábica.

Desde otra óptica, el cine no nos ha resultado completamente inocuo. Por ejemplo, discrimina a la gente en muchos aspectos. Ha favorecido desde siempre representaciones masculinas y femeninas prototípicas de alegría, bienestar, belleza y, además, saludables: el *beautiful people*. Los guapos robustos, desde Johnny Weismüller, vestido con

CINE

mero taparrabos como Tarzán, hasta la escultural Esther Williams, exhibiendo su esbeltez de campeona de natación, sin un gramo de grasa superflua, se han sucedido en las pantallas lozanos, estatuarios torsos desnudos o semidesnudos, de personas físicamente admirables. De esas visiones, el ciudadano medio — hombre y mujer— deduce sus propios achaques y defectos y sufre la desmoralización de no

poder competir con esas medidas óptimas o de intentarlo inútilmente. Proyectos en ese sentido conducen al vecindario a barbaridades como cultivar los músculos con esfuerzos gimnásticos desproporcionados o someterse a curas de adelgazamiento excesivo y letal.

También se le achaca la responsabilidad de crear necesidades dañinas para la humanidad. Verbigracia, extender la afición al tabaco y al alcohol y, finalmente, promover otras dependencias, entre adolescentes, generadoras de muy agresivas consecuencias a más corto plazo. Los humildes e inexpertos chavales de barrio corren riesgos peligrosos, ejerciendo de “conejiillos de Indias” o “camellos” eventuales, como los apuntados certeramente, aunque en clave dramático-cómica, por Doug Liman, en “Viviendo sin límites”. No es el único director, pero sí el más reciente, que encara el asunto del consumo de “éxtasis” entre chicos y chicas en sus *parties* de fin de semana. Otros estupefacientes más han sido presentados en películas y no parece dudoso que hayan ejercido poderes de seducción desde esas plataformas.

Muchos humos

Equipos de técnicos y artistas, algunos famosos, en sus vidas privadas —que acaban siendo públicas— no ocultan estas debilidades, que también se llaman vicios. Una lista de notables realizadores puntuales

puede construirse con el denominador común de haber dejado su efigie, para la posteridad, fundida junto a un cigarro puro o una elocuente pipa: Nicholas Ray, Jean Luc Godard, Raoul Wash, Claude Chabrol, etc.

Respecto a las criaturas de ficción, sus casos difieren. Las hay que han acogido el tabaco por exigencias del guión. A saber: el primer gesto de un duro policía al entrar en su piso vacío, después de una jornada de agobiadora búsqueda de un asesino en serie, es servirse un trago de alguna bebida estimulante, derrumbado sobre un sillón en su sala de estar. (Ese movimiento tiene un significado tópico: hombre soltero o marido abandonado por esposa cansada de sus ausencias). Así lo hace el teniente Arribas (Roberto Álvarez), en “La mujer más fea del mundo”, del debutante Miguel Bardem. Ni más ni menos que otros tantos policías que en el cine han sido. Un vaso de whisky proporciona unas pistas para el espectador, que conocerá más de cerca al personaje y su situación. Un cigarrillo, posee similares connotaciones, en la imaginería cinematográfica. Por ello, son innumerables las memorias que conservamos de galanes y damas, en determinadas circunstancias de una farsa o una tragedia, que fuman o beben.

Para el público normal o medio, la tendencia a imitar lo que ve en la pantalla es una realidad incuestionable. Así las cosas,

cigarrillo y whisky han sido importados a los hogares, vía fílmica, con el ilusionante sello de recomendación y modernidad que el vehículo celuloide supone. Esto no implica una acusación al cine de hacer propaganda explícita de lo uno y de lo otro, porque en la normativa de los guionistas y realizadores no figura expresamente así; pero se valen de ellos como elementos para caracterizaciones precisas. Veamos: el cigarrillo que manejan algunas mujeres las

define como sofisticadas, tal la madame Anais (Genevieve Page), propietaria de un prostíbulo de lujo en “Belle de jour”, de Luis Buñuel, o Norma Desmond (Gloria Swanson) desorbitada diva de Hollywood en declive, en “Sunset boulevard”, de Billy Wilder. O se les atribuye un feminismo radical o se les aplica una etiqueta de vanguardismo sospechoso, como a Pola Negri, en “A woman of the world” (“Una Mujer de mundo”) o se las tacha de vampiras, como a Jayne Mansfield, en papeles de cabaretera, o a Jean Harlow, de melena platino, en “Wife versus secretary”, de Clarence Brown. Asimilables a Rita Hayworth, en la deslumbrante “Gilda”, de Charles Vidor. En todo caso, fumar las convierte en perversas a tope, así la fatal Marlene Dietrich, en “El Ángel Azul”, de Josef von Sternberg, que destroza la carrera y la vida de un viejo profesor; o Bárbara Stanwick, a quien califica de “zorra sin escrúpulos” Bertrand Tavernier, en su estudio de “50 años de cine norteamericano”, por su implacable frialdad, en “Double Indemnity” (“Perdición”), de Billy Wilder. De la misma estirpe procede Faye Dunaway, atracadora en “Bonnie and Clyde”, de Arthur Penn, donde esgrime a la vez y con igual desenvoltura, cigarrillo y pistola.

En las manos o en los labios de los hombres, el pitillo permite una gama de matices expresivos más amplia: seguridad, desfachatez, dominio, displicencia, camaradería, generosidad,

complicidad, cortesía —si lo encienden para otro o para otra, enemigo derrotado o amigo moribundo—, etc. En Peter Lorre acentuaba lo siniestro de su rostro; en Jack Nicholson, cinismo desasosegante, diabólico; en Humphrey Bogart, pegado a la comisura del labio, denotaba aire de superioridad, desdén o campechanía; entre los dedos, control, firmeza; en Belmondo, comodidad, tranquilidad. Darle una chupada y arrojarlo inmediatamente al suelo implicaba enorme decepción para Holly Martins (Joseph Cotten), en la secuencia final del “Tercer hombre”, cuando la sensible y encantadora Anna Schmidt (Alida Valli) pasa ignorándole, por haber traicionado a su amigo, al delincuente Harry Lime (Orson Welles).

Hay cigarros puros y pipas indispensables para una caracterización: la pipa no podía faltar para componer al clásico de Conan Doyle, Sherlock Holmes, fuera Basil Rathbone, Peter Cushing, Christopher Lee, Roger Moore o Christopher Plummer, entre muchos otros intérpretes que han prestado su individualidad al ingenioso detective desde 1903 hasta el día de hoy. Tampoco se le niega a otros profesionales de su especialidad, con la misma adhesión a la pipa, como el comisario Maigret, incorporado por Jean Gabin. Sobre este particular, no queda más remedio que dejar constancia del puro-amuleto de Groucho Marx, parte

de su carismática personalidad como actor-personaje.

CINE

El beber es cosa de hombres...

Los vasos con bebida alcohólica transmiten, a su vez, muchos mensajes. A saber: la infidelidad y el desprecio de Sherry Peatty (Marie Windsor) por su inseguro y devoto marido, George (Elisha Cook jr.), en “Atraco perfecto”,

de Stanley Kubrick. Un mundo crudo, implacable y viril, cuando están distribuidos sobre el mostrador del *saloon*, retando al forastero de turno; ilegalidad o marginación, si se sitúan sobre una mesa en el rincón de una sala reservada sólo para jugadores de póker con algún fullero o para *gansters*, entre sobras de pobre luz y colillas todavía humeantes. Botellas escondidas, indican que en la trama anda metido un sujeto adicto a la bebida. En el cine negro esta ambientación es frecuente en muchos films y les presta el clima requerido.

Bar a domicilio

Lo que era instrumento útil para la escenificación de los textos cinematográficos se traspasó con carta de naturaleza a la vida real. Entre las bebidas alcohólicas, se popularizó, incluso en España, la costumbre del whisky en las casas corrientes y en muchos nuevos hogares se instaló hasta un pequeño bar, pieza de lo que se entendía como un mobiliario de moda, directamente copiado del cine. De ordinario, éste no se somete a disciplinas educativas y sólo casualmente se ocupa de ciencias o de teorías con propósitos informativos o formativos —aparte, claro, de las específicas producciones que han sido programadas por asociaciones u organismos dedicados a ese fin, sean o no oficiales—. Como espectáculo, únicamente cuando los creadores sienten voluntad de denuncia o propósito de propagar pensamientos altruistas, se

incluyen en las películas lo que se denomina, un tanto despectivamente, “moralejas”. Consisten en observaciones comprometidas o crítica social como la que inspira a Ken Loach intencionadamente o, en otros casos, por aceptación del sentir de la mayoría de la sociedad en una cuestión concreta; por ejemplo, adaptándose a una corriente de defensa de la integración de las razas o de prevención del cáncer, seleccionan argumentos y adoptan unas imágenes que representan acuerdos implícitos de los pueblos. Así parece que, debido a las campañas anti-tabaco de los últimos años, en USA, se advierte a los actores menos propensos a abrir cajetillas de lo que era usual en secuencias de diálogo, donde apenas les quedaba otro recurso para ocupar las manos. Tal reducción tabaquera no está vigente en todo el mundo. A finales de 1999 se ha proyectado en salas españolas “Wonderland”, una cinta del británico Michael Winterbottom, que resume, a modo de instantánea, un fin de semana en el Londres de este instante, donde se bebe y se fuma y se cambia de pareja sin ningún remilgo. Las actrices seductoras, como la ya citada Marlene Dietrich, contaban con cerillas, mecheros y expeler caprichosamente el humo para turbar a inocentes varones. La actual controversia o lucha declarada contra el tabaco, como producto “que perjudica seriamente la salud”, según dictámenes de nuestro Ministerio

del ramo, habría dejado inermes a aquellas heroínas que ella encarnó. Ahora, como sustituto, quizá, acuden bastante a la bebida. Diríase que la población del mundo, de la que es espejo el cine, está constituida por gente sedienta, pero con una particular sed. Vemos constantemente a hombres y a mujeres vaciando botellines y botellas solos o acompañados y uno está tentado de creer que ese mismo ejercicio que se denota hasta en la calle,

en nuestro país, ha tenido su razón de ser en las cintas extranjeras, particularmente en las de Estados Unidos, donde aprendieron a emplear sus ocios de esa manera.

Ducharse hasta morir

Los gestos de este carácter, imitables, pero no aconsejables, de los personajes de ficción o de quienes los interpretan, han sido analizados y juzgados muchas veces y con mayor profundidad de lo que se puede hacer aquí y ahora. Los cineastas establecen o, al menos, transmiten hábitos nefastos, ritos incalificables y lo seguirán haciendo por el profundo poder de su influjo.

Pero, también, es justo recordar que han causado otros efectos dignos de aplauso. Al lado de los comportamientos, funestos que han sembrado, sobre los que hemos hecho hincapié, deben ponerse usos y costumbres modélicos que, sin duda, han debido reportar beneficios a la comunidad. Aunque no seamos capaces de afirmarlo categóricamente.

Digamos, por ejemplo, la limpieza corporal. El cine insiste en ofrecer el mayor espacio posible para que los protagonistas demuestren que son aseados. Deportistas, presos, novias, madres, vaqueros del Oeste, galanes y toda suerte de categorías de la especie humana, se jabonan de pies a cabeza y se aclaran con chorros de agua cristalina, como María, (Fernanda Torres), principal

figura femenina del reparto de la excelente cinta brasileña “Midnight”. Al margen de las tramas o las redes que les teja en torno el destino.

Hasta perder la vida por amor a la higiene. Suceso insuperable en la crónica del género negro, en que se vio atrapada la rubia ladrona, Janet Leigh, víctima del siniestro Anthony Perkins, el propietario del motel de “Psycho”, creado por Sir Alfred Hitchcock.